

oscurecida por el espíritu reaccionario, á cuyo soplo se había extinguido toda esperanza; la Europa del año veintitrés con los Borbones en París y sus cien mil sicarios restaurando en el Trocadero la neroniana diadema de Fernando VII; la Europa del año cincuenta, en que murieran extinguidas bajo la pesadumbre de una reacción espantosa tantas naciones progresivas; considerad á tal Europa y comparadla á la Europa de hoy, cuyos esfuerzos han recluso el absolutismo en Rusia y Turquía; levantado parlamentos y tribunas en el Imperio austriaco antes mudo y opreso; hecho libres á los magyares que parecían hundidos para siempre; rescatado á Venecia y á Milán del extranjero que había convertido su cuadrilátero en el Cáucaso de aquellos prometheos; destruido esa teocracia romana, clave de todo retroceso, la cual teocracia, por necesidad, habrá de contentarse con la dirección espiritual del mundo católico y habrá de reconocer la imposibilidad absoluta de recabar sus rotos poderes temporales; despedido los Hapsburgos de la Confederación germánica; ganado para el espíritu moderno los pueblos paralizados por las dinastías de Nápoles y Parma y Módena en el antiguo régimen; sustituido á los artistas revolucionarios los radicales pacíficos en Inglaterra y á las tempestades soltadas por la tonante voz de O'Connell en Irlanda la graduada y legal política de Parnell; establecida ya por modo inapelable y definitivo la República en Francia curada de utopías y destinada en plazo más ó menos breve á esclarecer Europa; conjurado el Suderbus, la guerra de los reaccionarios en Suiza y obligádola con arte á no esgrimir en sus cuestiones interiores otras armas que las granjeadas por sus libertades; acostumbrado Grecia y sus Islas Jónicas, al gobierno de sí, difícil en toda región, difícilísimo en las regiones orientales; creado nuevos pueblos independientes por las orillas del Danubio que manchaban los nefastos visires con la sangre sacada por sus látigos á las espaldas de los miserísimos rajhaes; transformada nuestra España del absolutismo y de la Inquisición en una tierra del derecho moderno, del progreso pacífico, que junta por sus relaciones naturales con el Nuevo Mundo la democracia universal: espectáculo consolador, el cual nos enseña como el planeta no se detiene jamás en su carrera por lo infinito y como Dios nos revela de continuo sus verdades para que las cumplamos aquí en leyes de un progreso sin fin bajo el gobierno de su divina Providencia.

EMILIO CASTELAR.

INTRODUCCIÓN

Á LA

HISTORIA DEL SIGLO XIX

LA NUEVA ERA